

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

X

LUCHA A MUERTE DE LA IGLESIA Y EL ESTADO

Mientras el cuerpo y el alma de Porfirio Díaz maduraban a la luz de los acontecimientos, como preparación para el papel prominente que éstos habrían de tener en la regeneración práctica y el dominio de México, la guerra civil hacía estragos a lo largo del país.

No sólo se trataba de un conflicto entre la Iglesia y el Estado, sino, en muchos sentidos, era una repetición de la lucha entre Cortés y los primeros habitantes, con la sangre aborígen por una parte y la europea por la otra. Era una batalla en la cual aparecía el monje, crucifijo en mano, a la cabeza de las tropas atacantes, en donde el interdicto de la Iglesia se oía en múltiples altares, donde los tesoros centenarios eran arrancados de muros y altares; los patriotas indígenas combatientes entraban a la fuerza a espacios oscuros, sagrados, poseedores de rutilante oro, plata, joyas multicolores, tallas antiguas y maravillosas, bordados que competían con los del Vaticano, cristos y vírgenes pintados y esculpidos, santos dorados, ropajes pesados con incrustaciones de piedras preciosas; santuarios históricos, bellos y desgastados a causa del polvo y la pátina del tiempo.

A través de estas escenas de antigua magnificencia eclesiástica, en las cordilleras y valles, con sus pueblos patrióticos de paredes de lodo, las enormes iglesias y las extensas haciendas señoriales, se movilizaban las tropas regulares y las bandas irregulares de la Iglesia guerrera, muchas de ellas al mando de aventureros extranjeros, además de las fuerzas de indígenas andrajosos del gobierno constitucionalista, por quienes las oraciones del pueblo se ofrecían noche y día.

Sin embargo, Juárez y su gobierno aún retenían la ciudad de Veracruz, y aunque el gobierno constitucionalista estaba incomunicado con sus ejércitos del interior, en un país carente de ferrocarriles había una marcada ventaja estratégica en el hecho de tener la posesión del puerto marítimo que conducía a la capital nacional, la principal puerta del comercio mexicano.

Juárez no era soldado ni nunca en su carrera asumió una función militar. Siempre fue “el hombre de la levita negra” que permanecía imparable e inflexible a favor de la Constitución, sin dudar jamás que a la larga la causa de la república triunfaría, y exigiendo que el mundo civilizado mostrara simpatía y reconocimiento a una nación cimentada en los principios de la justicia y la igualdad y resuelta a ser libre.

Resulta difícil dar una idea exacta de la violencia de las acciones bélicas que devastaban a México. Sin duda más de 200 000 hombres peleaban, y a veces la lucha se volvía bárbara. Los guerrilleros de la Iglesia eran despiadados y manchaban sus armas con las evidentes matanzas. Ni una sola vez el paciente Juárez dio señales de ejercer represalias. Horrorizado, y en ocasiones atónito, por los informes de las atrocidades cometidas, insistía en que la causa constitucional, que era la causa de la ley, debería mantenerse sólo mediante métodos de guerra civilizados.

Francia, Inglaterra y España habían reconocido al gobierno usurpador de la capital. Esto lo hicieron a pesar de las traiciones, la carnicería a sangre fría y los descarados robos, de los cuales eran responsables los enemigos organizados de la república.

El apuesto y brillante mozalbete Miramón y su terrible compañero, el general Márquez, tenían el control total de las fuerzas clericales. Al

principio de la lucha, Miramón había intentado en vano arrebatarle Veracruz a Juárez, aunque las gastadas murallas de esa ciudad apenas protegían contra las balas comunes. Mientras Miramón se ausentó de la capital, informaron al general liberal Santos Degollado que los liberales estaban listos para sublevarse contra sus opresores en la ciudad de México. Una vez ocupadas las ciudades de León, Aguascalientes, Guanajuato y Querétaro, Degollado avanzó con 6000 hombres, dependiendo para ello de la ayuda proveniente de la capital. Una poderosa fuerza clerical, encabezada por el general Márquez, atacó al pequeño ejército de Degollado en Tacubaya, en los suburbios de la ciudad, y derrotó a los liberales, quienes perdieron toda su artillería y municiones.

Entonces aconteció un hecho espantoso. Todo el cuerpo de oficiales liberales, que se habían entregado como prisioneros de guerra, junto con algunos estudiantes de medicina que prestaban ayuda humanitaria a los heridos de ambos ejércitos en el campo de batalla, y muchos civiles aprehendidos en las casas vecinas, fueron ejecutados sin juicio previo. El número de muertos ascendió a 53. A consecuencia de este asesinato a sangre fría, a Márquez se le conoció después como El Tigre de Tacubaya. Éste afirmó que actuaba según las órdenes escritas de Miramón, pero los partidarios del mismo siempre han insistido en que Márquez se excedió en su autoridad cuando ejecutó a los civiles. En todo caso, nadie se ha atrevido a defender la matanza de Tacubaya.

Que este crimen contra la civilización fue un intento deliberado para aterrorizar a los constitucionalistas y hacer que se sometieran, queda de manifiesto en la orden que Miramón dio a Márquez:

En la misma tarde hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de v.E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que les haya cabido esa suerte. MIRAMÓN.

Después de la orden atroz, Márquez emitió esta proclamación:

Leonardo Márquez al pueblo de México:

Sabed que en virtud de las facultades que me han conferido, he resuelto publicar el siguiente decreto:

1. Benito Juárez y todos quienes lo han obedecido o reconocido su gobierno son traidores a la patria, igual que todos quienes lo han ayudado por cualquier medio, secreta o indirectamente, sin importar que fuese de manera insignificante.

2. Todas las personas que encajen en el artículo precedente serán fusilados inmediatamente después de su aprehensión, sin mayores investigaciones que la identificación de su identidad.

MÁRQUEZ

Habiendo obtenido \$300 000 de la Iglesia de la ciudad de México, Miramón salió de nuevo con un ejército para capturar Veracruz y al gobierno de Juárez. En La Habana había adquirido dos barcos de vapor y los armó, de modo que fuera posible atacar a Juárez simultáneamente por mar y tierra. En esa hora de sumo peligro, Juárez recurrió al comandante de un escuadrón de los Estados Unidos —ese gobierno se había negado a reconocer la autoridad del gobierno clerical— y pidió que se examinaran los documentos de las dos naves armadas. Los barcos de Miramón fueron capturados por los Estados Unidos, los llevaron a Nueva Orleáns y al dictaminar que eran de semipiratas, no les permitieron importunar a Veracruz. Después de que Miramón bombardeó cinco días al puerto, desistió del sitio y regresó a la capital.

Casi cuatro meses después, cuando todo parecía oscuro, y sólo los Estados Unidos de entre las grandes naciones mostraron una actitud amistosa para con los constitucionalistas que estaban en apuros, fue que Juárez expidió sus famosos decretos, complementarios de las Leyes de Reforma, erradicando todos los vestigios de poder, privilegios y riqueza de la Iglesia. Este valor tenaz, expresado por un civil indígena de sangre pura frente a lo que parecía ser una fuerza avasalladora, bendecida por el Vaticano y aceptada por los poderosos gobiernos europeos, le ganó muchas simpatías titubeantes al bando de Juárez.

En contraste con la actitud sencilla y sublime de Juárez, Miramón se mostró como un gran criminal que podía violar la ley de las naciones

sin vacilar. Después de dejar la presidencia en el verano de 1860 en favor de don José Ignacio Pavón, presidente de la Suprema Corte de Justicia, hizo que ese varón de inmediato nombrara una comisión de notables, que de inmediato autorizaron a Miramón para que siguiera en el poder. Pero hacia noviembre de ese año, Miramón necesitó dinero. Sabiendo que había \$660 000 en la legación británica de la capital, bajo el precinto del ministro británico —Juárez había depositado esta cantidad a cuenta de la deuda con los ingleses tenedores de bonos— Miramón violó deliberadamente la legación, rompió los sellos y se llevó el dinero.

Una vez más, cuando el joven dictador militar requirió fondos, recurrió a un aventurero suizo radicado en la capital, de nombre Jecker, un pseudobanquero, y le pidió prestado \$750 000 en efectivo, junto con títulos del valor pretendido de \$740 000 más. A cambio de este pequeño préstamo, Miramón pidió que su gobierno le emitiera a Jecker \$15 000 000 en bonos, pagaderos en ocho o diez años, con un interés del seis por ciento anual; una gran parte de estos bonos eran aceptables a su valor nominal en las aduanas de México.

Nada nuevo había en los métodos criminales del gobierno clerical. En septiembre de 1859, Márquez confiscó \$600 000 en Guadalajara, que el ministro británico describió a su gobierno como “un acto de robo a mano armada común o poco frecuente”.

No obstante, por mucho que Miramón, Márquez, y aquellos a cuyas órdenes estaban, deshonraran sus armas y desacreditaran sus pretensiones ante el mundo mediante robos y asesinatos manifiestos, si bien el gobierno constitucionalista servía a su causa por medios honorables, frente a las tentaciones casi increíbles de responder a la barbarie con barbarie, hubo una campaña vigorosa y obsesiva de calumnias contra Juárez y sus seguidores por toda Europa, donde estaban formando una conspiración poderosa e inteligente contra las instituciones republicanas de México. Incluso llegaron a decir que Juárez había comprado el reconocimiento de los Estados Unidos entregando secretamente a ese gobierno dos de las provincias nortteñas.

Europa rehusó de manera tan implacable reconocer a los personajes y objetivos tan diferentes de las dos fuerzas que luchaban por dominar

México, que, en marzo de 1860, el gobierno británico, a través de uno de sus oficiales navales, tuvo la desfachatez de ofrecer sus buenos oficios en un intento de conciliar las diferencias entre Miramón y Juárez. Un mes después, Francia hizo un intento similar de zanjar los problemas de la guerra, a través de su cónsul en Veracruz. Hubo tal habilidad en este intento de autorizar la intervención europea —porque el partido clerical tenía agentes secretos trabajando en las principales cortes europeas— que aun Degollado, el general liberal cuyos oficiales que se rindieron fueron fusilados sumariamente en Tacubaya, fue tentado a respaldar el astuto plan para suprimir la república constitucional, poniendo el destino de México en manos de los ministros de la Europa monárquica.

Aun cuando el general Degollado deshonoró el nombre de los liberales al confiscar alrededor de 1 250 000 dólares que pertenecían a comerciantes extranjeros y eran escoltados por soldados constitucionalistas de Querétaro a Tampico para embarcarlos a Europa, no obstante que Juárez al enterarse del atraco, ordenó que el dinero robado fuera devuelto a sus propietarios y después, por decreto, suministró los fondos para reemplazar todo lo perdido, la tonta ofensa de Degollado fue hecha pública en el extranjero, mientras que el relato de la pronta restitución hecha por Juárez lo suprimieron o lo distorsionaron presentándolo como una prueba de cobardía.

Desde el principio mismo de la lucha para derrocar a Juárez, la Iglesia había logrado la activa simpatía no sólo del Vaticano sino de Francia. Don Juan Almonte —hijo ilegítimo de Morelos, el sacerdote patriota que intervino en la guerra de independencia—, quien fue agente de Santa Anna en la escandalosa venta del territorio de la Mesilla a los Estados Unidos, con la autorización de Miramón y su gobierno había concluido un tratado con España, en el cual reconocían y validaban las absurdas reclamaciones financieras de súbditos españoles a cambio del apoyo de España en Europa, aunque estas mismas reclamaciones ya habían sido repudiadas con indignación por el presidente Comonfort.

A medida que el ejército liberal se fortalecía en el norte, los resultados de las victorias liberales en el sur se ponían de manifiesto y los

usurpadores se debilitaban, el gobierno de Miramón degeneró a veces en verdadero bandolerismo. A los préstamos forzados les siguió el franco despojo. Comenzaron las riñas entre los líderes clericales.

Más adelante un ejército liberal, al mando del general Jesús González Ortega, recuperó Guadalajara, que había estado en manos de los clericales desde que Juárez la abandonó como su capital. Miramón fue adelante con sus fuerzas para verificar el avance de los liberales, pero lo hicieron retroceder. Por último, el 22 de diciembre de 1860, se libró una batalla decisiva en Calpulalpan, cerca de los límites con el estado de Tlaxcala, no lejos de la ciudad de México. Unos 20000 hombres tomaron parte en este memorable combate. Miramón comandaba a uno de los bandos y el general Ortega, al otro. El coronel Díaz, al frente de una división, hizo un esfuerzo desesperado por alcanzar al general Ortega a tiempo de participar en la lucha. Casi lloró de desilusión cuando se enteró de que la batalla se libró sin él.

El ejército de Miramón fue destrozado y borrado del campo de batalla. El propio Miramón llegó a la capital, pero no tenía poder, porque la corriente se había vuelto en su contra y era imposible que reconocieran su autoridad. En la desesperación le entregó el gobierno al ayuntamiento y huyó, llevando consigo gran parte del dinero que había robado a la legación británica. El general Berriozábal, uno de los prisioneros de guerra de Miramón, sofocó los desórdenes en la capital, hasta el arribo del general Ortega el día de Navidad. El día primero de 1861, 28000 soldados constitucionalistas entraron a la ciudad de México y tomaron posesión de ella. Una gran ovación popular aguardaba a Juárez y sus ministros cuando entraron a la capital el 11 de enero de ese año.

Uno de los primeros actos del presidente Juárez después de llegar a la capital fue expulsar de México a los ministros de España, Guatemala y Ecuador y al nuncio papal, Monseñor Clementi. También mandó al exilio a dos arzobispos y cuatro obispos. El presidente reorganizó el Gabinete, pero Melchor Ocampo, su ministro del interior, quien no concordaba con la política de Juárez, renunció y se retiró a su hacienda en el estado de Michoacán, donde lo sorprendió en junio una banda de guerrilleros, quienes lo asesinaron por órdenes de Márquez.

El 9 de marzo de 1861, el Congreso declaró a Juárez presidente constitucional para el periodo que terminaba el 8 de noviembre de 1865.

Con autorización del Congreso, Santos Degollado salió con una columna exigua en busca de los asesinos de Ocampo, pero lo capturaron los guerrilleros y lo ejecutaron trece días después de la muerte de Ocampo, en el mismo lugar del Monte de las Cruces. A don Leandro Valle también lo derrotó Márquez, lo hizo prisionero y ejecutó en el mismo punto donde ultimaron a Degollado. Pero las fuerzas emboscadas de Márquez recibieron un repetido castigo por parte de los generales liberales.